
Luisa Terán (primera directora de la Escuela San Luís Gonzaga)

Don Camilo y Don Peppone. Ottone era un gringo bárbaro y el padre Agustín Bullían también. Se llevaban malísimamente mal, aunque años después se terminaron haciendo amigos. Los dos jóvenes, gringachos, con una polenta que Dios te libre. Entonces hay que imaginarse lo que pasaba: Ottone era dirigente comunista y respondía al partido, mientras que el Padre Agustín era miembro de la Iglesia. Era como aquella la película italiana en la que había un cura, Don Camilo, y un alcalde comunista, Don Peppone. Eso era un poco la imagen de la época. Ahora estamos más mezclados, pero en aquella época se tenían otros prejuicios. A mí a veces me decían “¿Cómo podes tener tanta amistad con un comunista?”. Era así. Y mientras uno evangelizaba, el otro promocionaba y defendía sus ideas. Cada uno con su tónica. El fin era el mismo: ayudar a la gente, hacer algo y que el barrio progrese y que tenga una educación digna. Ottone colaboraba siempre dentro de lo que él podía siempre. Y el padre se deslomaba por todas esas cosas, no tenía horarios, ni nada por el estilo.

Ottone ya había estado con los petroleros; él iba a donde lo mandaban. En esa época, todas esas organizaciones o las instituciones como la Vecinal tenían una suerte de líder, y él siempre era el que ponía *el lomo en la palada*. Pero aunque se llevaban mal, Ottone tuvo una deferencia muy grande cuando la escuela recién comenzaba: pidió una resolución de la Vecinal para que todos los chicos y los que trabajábamos en la escuela pudiéramos ser atendidos por la vecinal, al igual que cualquier otro vecino. Un tiempo después Caritas nos abrió una casilla muy precaria, con un dentista y algún médico, así que ya no tuvimos que recurrir a la Vecinal. Pero detalles como los de Ottone te marcan mucho. Yo destacó la ilusión que tenía de ayudar a la gente, que era lo que nos unía.

Ottone era el presidente de la vecinal. Y en esa época mi marido tenía mucha conexión con mutualistas, entonces le preguntó cómo podían hacer para que manden remedios para la vecinal. Por esa relación se empezó a relacionar conmigo. A veces se venía a la escuela, siempre a la siesta, porque sabía que yo no me iba al mediodía porque era la hora en que las madres que trabajaban como empleadas domésticas venían para hablar de sus chicos. Yo siempre luché para que la escuela estuviera abierta para los padres, para todos, que fuera de la casa de ellos. Entonces Ottone solía venir a charlar conmigo. Hicimos una relación tan linda, aunque él tenía sus ideas y yo las mías.

A él lo persiguieron mucho, pero tuvo una entereza muy grande: nunca lo he oído que hablara con rencor de nada. Él se reía siempre porque yo le decía: “Usted nos hace la competencia Ottone”. No era chico cuando ya lo conocí. Ya estaba *como a la vuelta* de muchas cosas. Había estado en el sur, había estado en las petroleras, en Salta. Ya estaba un poco cascoteado. Pero estaba pendiente de que hacía falta. No le importaba quién lo necesitaba. Así que trabajábamos muchos. Para mí es una persona que hizo muchísimo por el barrio. Y cualquier acto que se hacía en la escuela, él estaba ahí, por más que como toda escuela religiosa siempre se empezaba con una misa.

La Escuela. La Escuela empezó a dictar clases el 26 de abril de 1964. Antes habíamos estado trabajando para montarla, hacer las aulas, las inscripciones. Un par de años antes hubo una inundación grande en el barrio. Yo por ese entonces estaba en lo que era la escuela Santa Clara, en Boulevard Oroño y Santa Fe, y destinaron esa escuela como centro de evacuación. Y yo me hice un poco cargo de

la situación de los evacuados, porque la directora me dejó al frente del operativo, digamos. Y empezaron a llegar los evacuados. Muchos venían en lancha casi hasta la escuela. Te voy a contar una anécdota: cuando empezó a subir el agua en Empalme Graneros, en la línea del “tren a Tucumán”, como se le decía, había un paredón que no dejaba pasar el agua, entonces todo un grupo de gente, capitaneada por el Padre Agustín, cortaron abajo de las vías para que pase el agua y se formó como un arroyito. Entonces el padre Agustín traía a la gente. Yo conocía de vista al padre Bullian porque había participado mucho en la Iglesia. Ahí lo empecé a tratar. Y cuando todo aquello, viene un día y me dice: “Sabe señora – porque en esa época no era como ahora que los sacerdotes dicen “ché, acá” y “ché, allá”, todo era con Señora, un trato de usted-, me gustaría hacer una escuela en la capilla, ¿puedo contar con usted?”. Y yo le dije que sí. Entonces empezamos a trabajar en esa idea. Él quería empezar con primer grado, pero le dije que nos convenía empezar con jardín de infantes porque en esa época era obligatorio e íbamos a contar con los padres que quieran algo mejor para sus hijos. Tardaron un tiempo en reconocer la escuela, en darnos un nombre y en pagarnos el primer sueldo, que llevó tres años conseguir. Así fue como empezó la escuela. Y se fue haciendo a pulmón. Con donaciones, maderas que se conseguían y los padres las convertían en mesitas y banquitos para sus hijos. Me acuerdo que cuando íbamos a inaugurar la escuela llegó otra inundación, en marzo de 1964, y las silletas navegaban por el agua. Por eso tuvimos que empezar las clases en abril.

Todo lo que hacíamos se volcaba en la escuela. Y para que creciera ayudó mucho la gente del barrio. Los sábados hacíamos alguna feria, y a los quince días otra para sacar dinero y construir un aula más. Y pidiendo. En aquella época, por ejemplo, la municipalidad tenía una fábrica de mosaicos muy buena, entonces había que facilitarles la porlan y te hacían los mosaicos. El patio grande que tiene la escuela está construido con esos mosaicos. ¿Pero de dónde salía la porlan? Gracias a Dios uno tenía algunas relaciones y el padre Agustín también, y nos metíamos donde fuera con tal de conseguir las cosas. El padre era muy cabeza dura y eso hacía que todos nos entusiasmáramos y no perdiéramos la ilusión. Imagínate si no, maestras que estuvieron dos años sin cobrar, y se mantuvieron firmes. Yo misma había renunciado a la escuela vice-dirección de la Santa Clara, pero me fui A Empalme porque no todo era la plata sino hacer lo que a uno le gustaba. Luego de un tiempo el Padre consiguió que no nos cobraran el colectivo para que las maestras pudieran venir a dar clases. Antes, a un sacerdote de una zona así la gente lo veía con simpatía. Se tenía otra noción de lo que era trabajar en esa zona y trabajar en el centro.

El Padre Agustín tenía la ilusión de que la escuela fuera grande. Y lo consiguió. Pidiendo ayuda y con la colaboración de los padres. Incluso participó el Ejército en la construcción de las dos aulas de arriba. Los soldados hacían de albañiles. Se les daban los materiales e iban y hacían lo que hiciera falta. Eran épocas feas, porque nos tocaron épocas feas también. Había gente a la que no le parecía bien que el Ejército ayudara. Pero lo que se quería era que la escuela fuera para adelante, y si esa gente ofrecía la mano de obra gratis, bueno, fenómeno. Eran chicos conscriptos los que venían. El día que se inauguraban las obras nos avisaron que habían puesto una bomba. Así que se tuvo que pedir que revisen todo, y como no había nada el acto se hizo igual. También esa época nos tocó.

El Padre Agustín era explosivo. Vos te dabas media vuelta y ya cambiaba, y cuando el decía “sí” o “no”, era mejor no tratarlo en el momento porque era muy personal,

muy gringo. Yo también era así, aunque viste que la mujer es más contemporizadora. Y siempre tuvimos claro que la escuela debía tener presencia, que pesara en el ambiente, que estuviera de acuerdos con los padres, que los llamara. Por ejemplo, yo tenía un supervisor de la escuela que no me creía que en las reuniones de padres hubiera el 90% de presencia. “Vos me fraguas las actas”, me decía. Entonces un día lo invitamos. Hacíamos las reuniones a las nueve de la noche, cuando los padres habían vuelto del trabajo. Cuando vino y vio todas las personas que había dijo: “Claro, dándoles esas facilidades los padres vienen”. Y sí, ¿cómo vas a hacer una reunión a las diez de la mañana, cuando las madres están cocinando o trabajando por hora en algún lugar y los padres en la fábrica? Nosotros entendíamos que la escuela tenía que estar al servicio de la comunidad.

La Capilla. La bendición del templo se hizo el 15 de diciembre de 1962. Porque las primeras misas se daban en una especie de gallinero que había al costado de la Capilla.

Era un lugar que había sido un baldío y al que le siguieron diciendo el gallinero. Después se hizo un saloncito al que iba a dar misa Monseñor Cafferata y se empezó a edificar el templo. En esa época eran vicarías; se habían hecho varias en Rosario. La de empalme Graneros se llamaba Nuestra Señora de Guadalupe. Y lo que se llama la elección canónica, es decir, pasar de ser vicaría a parroquia fue el 7 de octubre de 1973, el día de la Virgen del Rosario. Ese día Monseñor Bollatti promulgó la elección canónica de varias vicarias y pasaron a ser parroquias. Y el cura Bullian pasó a ser su párroco. Él había tomado la posesión como vicario el 27 de enero de 1962. Antes había estado en como vicario en San Antonio, barrio Belgrano, con el padre Tito Arpesella, y de ahí venía a atender la vicaría de Empalme. Venía y hacía su obra de apostolado. Luego Monseñor Bollatti ayudó mucho para que se instalara acá.

El Barrio. El barrio antes era muy distinto, no había tanta gente desplazada del norte como ahora. Y había muchos italianos. Las calles eran todas de tierra. Y había que reclamar mucho para que mejoraran las calles o sacaran la basura acumulada. Todos estos pedidos se consultaban con el Padre Agustín, así funcionábamos. Aunque teníamos la Asociación de Madres y tiempo después la Asociación de Padres, que fueron muy importantes. Muchas cosas se hicieron porque los padres colaboraban: los sábados a la tarde iban y trabajaban de albañiles, hacían las paredes, mantenían el jardín. Íbamos también las maestras y las señoras. Se tomaba mates y los acompañábamos mientras ellos trabajaban.

El club La Gloria también nos prestaba sus instalaciones para hacer alguna cosa. Pero la escuela no iba mucho a los clubes, ya que teníamos mucho lugar. Y el director de alumbrado de la municipalidad nos puso los faroles para iluminar la cancha, porque los días de inviernos, a las cuatro de la tarde, se veían poco. Nos puso los mismos que estaban en la calle. Todo se conseguía así. Entonces se podían hacer reuniones, ferias, campeonatos de fútbol sobre la tierra pelada. Y también se trabajó y nos ayudó mucho la Caja de Créditos de Arroyito, porque el presidente era también comunista y ayudaba mucho este tipo de experiencia. En eso hay que sacarse el sombrero. Porque los comunistas tienen esa idea de difusión sus ideales haciendo bibliotecas, poniendo los libros, ayudando a la educación, y lo van haciendo.

La mayoría de los papás del barrio eran obreros. Y después de trabajar toda la semana, el sábado se lo dedicaban a la escuela. La escuela estuvo muy unida a la

comunidad, muy presente, participando de las cosas. Y a veces la escuela era un poco el nexo para pedir otras cosas.

Siempre fue un barrio con muchas necesidades y con gente muy trabajadora. Y me acuerdo que cuando sucedió lo de la inundación, las asistentes sociales me decían algo que uno conocía pero de lo que no terminaba de darse cuenta: que yo conocía: “Ahora, ahora el problema es la inundación, pero cuando se vendieron esos terrenos, se sabía que estaban en zonas anegables”. Por eso se vendían tan baratos. Pero una vez que vos tenés tu casa, ya es tu casa, es lo tuyo. No hay derecho a que se te inunde y lo defiende como puede. El barrio siempre estuvo movilizado por distintos motivos. Aunque era muy ignorado de las autoridades. Porque cuando vos le planteabas las cosas, te miraban y te decían: “¿cómo?”. Se te quedaban mirando. Vos te dabas cuenta que era como que a nadie le interesaba. Y eso a veces te hacía más terco: “Si me dijeron que no, yo voy a insistir”. Había que buscar otro que tuviera más influencia que este para conseguirlo.

A mí me tocó ir a reuniones donde se trataban temas relacionados con la violencia contra las mujeres, que era un tema problemático en el barrio. Y por ese entonces fue el que secretario de salud pública de la municipalidad porque era el que tenía que tratar el tema. Y me sucedió algo, esas cosas que te marcan y que tengo muy presente. Le tocó sentarse al lado mío. Y cuando se corrió el saco, tenía el revólver ahí. A mí me dio una sensación tan fea. Vos ya te dabas cuenta de dónde venía. Eran momentos difíciles y uno no sabía muy bien qué hacer. Incluso chocaba muchas veces con el Padre Bullian porque él siempre pensaba en el bien mayor: que por la iglesia o por la escuela, a veces había que callarse un poco.

Peronismo. En el barrio había mucha gente peronista. A todos les quedaba bien el Perón, Perón. Yo me acuerdo una vez que llevamos a los chicos a Buenos Aires y por unos contactos pudimos entrar ir a Olivos. Era en la etapa de Isabelita (Isabel Perón). Y vos veías que los chicos miraban la foto, el busto de Eva Perón o el mausoleo que le había armado López Rega y decían: “Esa le regaló la máquina de coser a mi mamá”. “A mi abuela le regaló la cocina”. Entonces vos decías, ¿qué otra cosa pueden ser? En la casa de los chicos de cuarto y quinto –que eran los que estaban-, eso pesaba. Porque imagínate en aquella época lo que significaba una máquina de coser, una cocina, una heladera. Y vos oías a las criaturas ahí diciendo: “¿Usted sabe que a mi mamá le regaló esto, a mi abuela aquello otro?”. Claro, vos volvías al barrio y decías: “Es lógico que sea así”.